

que se hallaba en la sacristía. Después bajo el rubro de *gasto* dice:

“Lo que se ha gastado en la fábrica del templo hasta el día 22 de Diciembre de 1677, en que fué su última dedicación, consagrada al natal de la reina Doña María de Austria por el Señor marqués de Mancera, monta 1,052,000 pesos; y con lo que falta por acabar de portadas y torres, llegará á mas de 3,000,000. La primera dedicación fué en tiempo del señor duque de Alburquerque, año de 1655, que acabadas las bóvedas (en que anduvo muy solícito el señor virey), se hizo con cuatro misas, que á un mismo tiempo se cantaron en un altar, cada cual por su lado, habiendo precedido las tardes y al la procesion solemne, con altares costosos y colgaduras ricas que adornaron sus casas y ventanas.”

Sigue una lista de varones ilustres, sin método, en la que ocupan un lugar preferente los panecitos milagrosos de Santa Teresa, y otra igualmente incompleta de los Sres. arzobispos, desde el Señor Zumárraga hasta D. Francisco de Aguiar y Céspedes, que entró en México el año de 81, y ocupaba la silla arzobispal cuando Betancourt escribía.

En el capítulo quinto, bajo el título de tribunales que emolecen la ciudad de México, se hallan las noticias siguientes que extractaré con brevedad.

“El tribunal y cabildo de la ciudad, es tan antiguo como ella en su fundación; ha de tener doce regidores, dos alcaldes electos cada año, dos oficiales, alguacil mayor, y teniente depositario general, alcalde de la hermandad con su alguacil; procurador mayor, que es uno de los regidores; escribano público y mayor del regimiento, con voto y asiento en el cabildo; otro de minas; otros dos escribanos de entradas de cárcel, otro de la Diputación, y un fiscal ojeante &c.

“En 18 de Enero de 611, se concedió para propios de la ciudad el puesto de su plaza, donde se ponen cajones y mesillas, de que hacen los gastos de la procesion de Corpus, de arcos y danzas. El año de 43 se proveyó en Pedro de Navia el oficio de fiscal de la justicia ordinaria, como en Castilla.”

“El tribunal de jueces y oficiales de la real caja donde se recoge la hacienda de S. M., la fundó D. Fernando Cortés, y es tan antigua como la ciudad.”

“Fundóse la audiencia en 527, y tenía en tiempo del autor los siguientes empleados: ocho oidores, cuatro alcaldes del crimen, dos fiscales, siete relatores de lo civil, y tres del crimen, siete porteros cuatro de lo civil, y tres del crimen.

“El tribunal de la Inquisición se estableció en México en 571: fué el primer inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, bajo la protección de

San Pedro mártir. Para los salarios se ha señalado una canonjía en cada iglesia catedral de su distrito, con cédula de S. M., del año de 629, despachada en conformidad de la concesion que le hizo la sanidad de Urbano VIII para este efecto. Su fundación fué, siendo pontifice Pio V, y rey de las Españas Felipe II, inquisidor general.”

Tratando de esta fundación deliría y blasfema el padre Betancourt, probando que nuestro Señor Jesucristo, Moisés y Elías fueron excelentes inquisidores, con otras mil sandeces que no quiero reproducir.

Aunque habla el autor del tribunal de cuentas, y la categoría y prerrogativas de los contadores, como de una cosa antigua, no fija la época en que se fundó este establecimiento, sucediendo igual cosa con las alcabalas, de las cuales solo dice que el empleo de contador se proveyó de nuevo el año de 1640.

Habla muy rápidamente del contador de tributos nombrado en 612, del tribunal de bienes de difuntos, fundado en 550 para recoger los bienes de los que mueren intestados, y de la erección del consulado de México en 581.

Después dice: “Fundóse la casa de moneda el año de 535, siendo virey D. Antonio de Mendoza; tiene hoy tesoro, con grandes preeminencias: fué vendido el oficio por S. M. el año de 1607, en 150,000 pesos: los tres de fundidor, ensavador y marcador, en 100,000, perpetuo. El de fundidor es del convento de carmelitas del Desierto de México, aprobado por S. M. por cédula del año de 641, y nombra persona que paga por el tercio 55,000 pesos, aunque ya se ha compuesto el que sea perpetuo. Hay tallador, balanzario, guarda mayor, todos comprados en diferentes cantidades; los acudadores son de elección del tesoro y dos alcaldes que nombra S. E., con salario á su arbitrio. Bátese oro desde el año de 675, con cédula de S. M., que ejecutó el Sr. D. Fr. Payo de Rivera, arzobispo virey; y en cada año de plata y oro llegan á batirse cerca de 5 millones.”

Así dá cuenta de los establecimientos literarios de su época nuestro autor.

La florentísima academia de México, se fundó en 22 de Septiembre de 551: el colegio de Santos en 573, por el Dr. Rodríguez Santos, tesoro de la santa iglesia Catedral.

Del colegio de San Ildefonso, solo dice que estaba á cargo de la Compañía de Jesús.

Nombra el colegio de Cristo: el de San Ramon, á cargo de los religiosos mercaderos, que hoy está reasumido en S. Juan de Letran; y Portaceli, de nuestro Padre Sto. Domingo: S. Buenaventura en Tlalteolco, á cargo de religiosos franciscanos; y S. Pablo al de agustinos; hoy existen estos colegios, pero en la mayor oscuridad: depende esto de la enseñanza, ó de la clase

de alumnos que se admitan, ó de su propia independencia del gobierno. Concluiré haciendo una reseña de los establecimientos religiosos en el propio orden que Betancourt.

Sr. *Santo Domingo*.—Esta religion, compuesta de doce fundadores, llegó á México en 1523, hospedóse durante tres meses en San Francisco, hasta que les concedió Cortés para su convento el sitio que hoy ocupa la ex-Inquisición, y después el en que se fundó dicho convento; luego adquirió esta religion Portaceli, el hospicio de San Cosme para los misioneros de Filipinas, y el Santuario de la Piedad, una legua al Sur de la capital.

Sr. *Agustín*.—El padre Fr. Francisco de la Cruz, vino en 583 como fundador de dicha religion, en compañía de otros seis individuos de su misma orden. La audiencia le señaló para su convento el sitio que hoy ocupa llamándole los indios *Zouippan*, en el todo, porque por causa de un ojo de agua que allí habia, el lugar estaba fangoso. El templo que hoy existe se comenzó á fundar en 541, dando S. M. para ayuda de su construcción 172,400 pesos, señalando á los padres para su sustento, el colegio de San Pablo, San Sebastian, Santa Cruz, y un hospicio tambien adelante de San Cosme, para los misioneros de Filipinas, con título de Santo Tomas de Villanueva.

La *Compañía de Jesus*, que constó al principio de doce fundadores, entró á México por primera vez en 23 de Junio de 1570, enviados por San Francisco de Borja, que era general de España en ese tiempo.

Tenía el colegio de San Pedro y San Pablo, fundado por Alonso Villaseca; la Casa Profesa, el colegio de San Andrés, el colegio de San Gregorio, donde habia predicador en mexicano, y de donde salieron místicos diestros; y el Seminario, y colegio real de San Ildefonso.

Los *fundadores de Filipinas* del orden de San Francisco, llegaron á México en número de nueve el año de 1576, y el de 1590 se erigieron en provincia por bula de Clemente VIII, en el convento de San Diego de esta ciudad, que se erigió en su consecuencia.

Los *religiosos mercaderos* vinieron á México en 582, y se erigieron en provincia el año de 616; tienen á mas de su convento, el de Belen, el de la Concepcion de las Huertas, y en aquella época poseían el colegio de San Ramon de que ya di noticia.

El mes de Septiembre de 1585, llegaron al puerto de Veracruz los padres *fundadores del convento del Carmen*, en compañía del marqués de Villanmanrique que venia de virey. Escogieron el sitio de la ermita de San Sebastian, que estaba donde hoy existe el convento, fundado bajo la protección de San Alberto.

No hace muchos años intentaron construir un nuevo templo, del que aun se ven los cimientos: invitaron al célebre Tres Guerras para que erigiese por la planta del magnífico Carmen de Celaya; pero no lo verificó por las causas que el mismo espone en su carta inserta en la biografía que de este ilustre arquitecto escribió D. Manuel Payno y Bustamante, y se halla en este tomo.

De la *religion de San Benito* solo existe hoy la iglesia de Monserrate, construída á fines del siglo XVII.

No existe ya tampoco la religion de San Juan de Dios, fundada en México á principios del siglo en que escribió Betancourt, donde primero fué Alhóndiga en que se pesaban las harinas, y junto de donde existía una ermita que servia como de casa de espósitos bajo el nombre de Nuestra Señora de los Desamparados.

El hospital, que hoy se halla en el mejor estado, merced á la diligencia y celo cristiano de una sociedad de personas piadosas, lo fundó el Dr. D. Pedro Lopez, y su hijo D. José; este mismo Dr. fundó el hospital de San Lázaro.”

La benéfica institución de los juaninos era en extremo útil, y su caridad para asistir á los enfermos, y sus beneficios á la humanidad doliente, han dejado en México muchos recuerdos de tierna gratitud.

Igualmente lamentable debe ser la pérdida de los padres belemitas, que primero establecieron el hospital para convalecientes en el *Amor de Dios*, del que solo ha quedado el nombre en una calle estrecha y descuidada.

Otra fundación que ha desaparecido tambien, es la de *Hermanos de la Caridad*, de la que habla el padre Betancourt en estos términos.

“El V. Bernardino Alvarez, natural de Utrera, noble en sangre, y en caridad y en virtudes ilustre, con la experiencia que tuvo el tiempo que estuvo en el hospital del marqués del Valle, de nuestra Señora de la Concepcion, que hoy se conoce por bula de Jesus Nazareno, reconoció los daños en los convalecientes que por falta de regalo y recogimiento volvían á recaer; y viendo las diferencias de enfermos, unos por vejez, otros por locura, trató de fundar un hospital general de convalecientes. Hizole donacion Miguel de Dueñas, y su muger Isabel de Ojeda, ante Antonio Alonso, escribano público, de un sitio que corría desde la puerta del convento de San Bernardo, hasta la vuelta de la calle del colegio de Portaceli, y obtuvo licencia para su fundación, del Sr. D. Fr. Alonso Montañán, año de 566, en 9 de Abril; pero pareciendo corto el sitio, le deparó Dios el de la ermita de San Hipólito: obtuvo licencia del Sr. D. Martín Enriquez y el Sr. arzobispo, y el año de 67 siguiente,

gastó su caudal en lo material de las salas y oficinas; compró algunos solares para ampliar el hospital; y el sitio de la ciudad lo vendió á Dionisio de Citela, en que edificó casas para el convento de *Jesús María*, y aun en esto buscaba el bien de los prójimos; con el estímulo de caridad que le acompañaba.

«Ayudado de algunos hombres de buena vida y algunos sacerdotes, hallándose con algunos alojamientos para que se pudiesen los pobres albergar, empezó á recoger convalecientes y hombres ancianos, que por las puertas buscaban el sustento; y á los inocentes locos, á éstos quiso recoger, para que viendo á estos inocentes los que se tiene por cuerdos, se enseñen á ser mas cuerdos con el ejercicio de las virtudes, que es la mayor cordura que del mas loco puede aprovechar el cuerdo si quiere aprovecharse de su juicio.»

Había en seguida de los progresos y dotaciones de tan filantrópico establecimiento, y dice en otro párrafo:

«Tienen otro hospital dentro de la ciudad con el título del *Espíritu Santo*, que Alonso Rodríguez del Vado y Doña Ana Saldívar, su mujer, fundaron; su primer intento fué que sirviese de colegio para estudiantes religiosos de San Francisco, y como era forzosa licencia y dispensa de su Santidad, lo entregaron á la religion de hermanos de San Hipólito, con estas que remita para su sustento. El año de 1612 y el de 1634, quedaron por patrones los dichos religiosos, donde por haberse menoscabado la renta, son muy pocos y tiene mas de sesenta.»

Hoy se ignora el estado que guardan estos establecimientos de beneficencia; algunos han desaparecido; de otros se sabe el abandono lamentable, y el público no ha visto en estos últimos tiempos un documento en que se sepa la inversion que han tenido las cuantiosas dotaciones que para su alivio consagraron en mas felices tiempos, almas que conocian en alto grado la generosidad y el patriotismo.

Tal vez en la relajacion de nuestras creencias, y en el despostramiento del clero ha influido la ausencia de los sacerdotes de los establecimientos de enseñanza primaria, y de los erigidos para alivio de la humanidad, en donde adquirian profundas simpatías que se mezclaban á los recuerdos y á las memorias de ternura del desgraciado.

Concluyo mi imperfecto extracto, deseando muy sinceramente que los estudiosos arqueólogos de nuestro país, emprendan una obra metódica de las fundaciones del nuestro, en donde como dije al principio, puedan leerse nuestras revoluciones, marcándose con exactitud el carácter y la naturaleza de nuestra historia y de nuestras costumbres.—GUILLEMO PALETO.

(Escrito para el Museo.)

## UN AMIGO.

Esta duplicacion, esta unidad de mi mismo goza contigo, y conmigo llora; mi alma parece que se traslada á su cuerpo y vuelve al mio para inspirarnos unas mismas ideas, imprimírnos iguales sensaciones. Un solo soplo de vida nos anima, y la amistad formó á los hombres semejantes al Dios que se hace uno conservando la distincion de personas. Un amigo desgraciado viene á convidarme con el peso de sus males, y yo con placer bebo en la amarga copa de su vida. Nada se llena con tanta voluntad y satisfaccion como los deberes de la amistad. Los hombres se unen en ella por el instinto de su conservacion; pero este interes no es de aquellos que menoscaban, y que fundan sin embargo los principios de sociabilidad. Un padre cierra tranquiló los ojos, sin niarse en su último sol, si deja un amigo que proteja la orfandad; él contendrá los movimientos impetuosos de una juventud que se precipitaria sin correccion; defiende el caudal de la huérfana virgen y sostiene los respetos que merece la desgraciada viudedad. El hombre pensador, cuando se ha dado un amigo, debe creer que ha enanchado su existencia; que ha hecho un buen negocio de ganancia para su corazón, y en fin, que por mil títulos ha multiplicado su ser y su valor.

Los amantes, si son felices, pasan á esposos, y de aquí á amigos; este sentimiento de realidad viene á reemplazar las ilusiones del amor. Satisfecho el corazón en sus ambiciones, hecha la total aprension, del motivo de sus dulces delirios, y no encontrando nuevos objetos á su conquista, lo contiene mas cuerdo y lo hace buscar el fundamento de la asociacion en sentimientos dignos. La hermosura es un don de la casualidad, que será victoriosamente atacado por el tiempo; y la amistad se asegura con él. Es constante, inmutable; los dias ni los años la quebrantan, y parece sobrevivir á sí misma, porque su beneficio influye suena en las remotas generaciones. ¿Cuántos desgraciados esposos se han apercebido bien tarde de estas verdades!

Los hombres, por una de sus frecuentes inconsecuencias, han creído que en la ausencia del recato está la presencia del mérito; seducidos por una bella forma, por un brillante atavío, por una locuacidad bien estudiada, conceden al tocador y al estrago de una novela el lugar del raciocinio. Se precipitan sin examen en el paso mas crítico de su vida; se dan una compañera enemiga inseparable que criará una descendencia desdentada y heredera de su fatal carácter, ó una mujer que le abandona todo el peso de sus negocios. Parece que los artificios de la sociedad la concierten en lo favorable; la olivi-

dan en las obligaciones. ¡Desgraciado el marido que despues de un dia de fatigas, pasa en la noche las horas de descanso en una triste y fastidiosa concentracion! Está reducido á pensar solo porque no tiene una amiga bastante bien formada para entregarle sus secretos y pedirle consejo en sus asuntos: ya lo ha intentado, y solo encontró, ó el silencio que produce la indiferencia, ó las alteraciones que resultan de la diversidad de caracteres y de un espíritu dominador.

Sin embargo, este hombre aislado padece una vez aunque continua; pero no es atacado de distintos modos como el infeliz que unió su suerte á una mujer vana, caprichosa, incorregible. Concluye su trabajo y viene á descansar; pero donde busca el reposo encuentra la renovacion de sus tormentos. Soporta con prudencia cargos injustos, contenta cuanto puede caprichosas exigencias, y voluntariamente se somete á crueles privaciones. A tan caro precio quiere comprar la paz de su corazón; mas quien se nutre de almas, de daños y de todo género de ataques, desprecia la capitulacion. Como un gobierno intruso, toma el de la familia para aconsejarle la insubordinacion al legítimo señor, y para ganar confidentes en sus crímenes, conductores en sus despalleros, y apoyo en su pretendida superioridad.

Los hombres no se permitirían el derecho de quejarse si hicieran justicia á su imprudencia. Ellos buscaron en los trasportes de un corazón inquieto por el amor, lo que debe hallarse en el reposo de las pasiones. ¡Dichoso mil veces aquel que en el entusiasmo del amor ha podido descubrir los caracteres de una sólida amistad! Este se habrá dado una esposa á quien dedicar los tiernos y fogosos arrebatos de la juventud y la tranquila aficion de la ancianidad: ella habrá fijado el destino de ambos, nada turbará la armonía de la sociedad; todo es comun en ésta, el placer y el dolor, el trabajo y el descanso. No se oirá una contienda sobre limitacion de derechos, ni sobre estension de obligaciones; transigirán aquellos, y se ayudarán en estas. La paz y la dicha ha tomado aquí su residencia. ¡Por qué los hombres no aprovechan estas raras lecciones! ¡Por qué el espíritu de galantería los hace marchar de ataque á su propia felicidad!

Nada hay mas frecuente que oír quejas contra la amistad, porque tampoco nada tan comun como la ligereza de los hombres para tomarla. En la concurrencia casual á una sociedad se cruza la conversacion de dos personas, y esto se recibe por el principio de un feliz conocimiento; se acuerda la amistad en una copa, y se ratifica en una partida de ajedrez. Así se concluye un convenio que debia celebrarse sobre condiciones mas serias y previsoras. Su observancia

TOMO II.—XXIII

corresponde á las causas que la produjeron. No dilata tanto la infidelidad como las formalidades que la sancionaron; y luego se hace cargo á la amistad de infracciones á un tratado en que ella no puso su sello.

Algun esposo lleva al sepulcro las ilusiones y consuelos de la amistad; pero deja á su desgraciada viuda el veneno de su mala eleccion. Un perdido amigo es el legado que viene á repartirse en la deshonra de la orfandad. Sus beneficios son crímenes. Una compasion de perverso cálculo es el pan negro que se tratan al desamparo; se profana el nombre respetable de los muertos, se recuerdan las últimas y tristes palabras del agonizante que recomendó los desvalidos á la amistad; la maldita triunfa de la inocencia; la virtud opone débil resistencia al vicio; sucumbe, y luego sigue el abandono aun mas horroroso sin el apoyo de una conciencia pura. Esta es la breve y amarga historia de esos amigos testamentarios, de esos amigos todos que se dio la ligereza, la vanidad. La virtud es la base de la amistad; la virtud y la amistad se prueban con el tiempo.

BERNARDO FLORES.

## A LA ENTRADA DE LA NOCHE

EN EL DESIERTO.

Sobre la piedra solitaria he escrito mi amor y mis desgracias. Todo lo he debido allí á la soledad. El genio del desierto se posaba en mi pluma, el ángel de la melancolía batía sus alas sobre mi corazón y suspiraba cerca de mí. Solo, rechazado de todo el mundo, sin un amigo que oyera mis quejas, sin una alma sensible que las consolara, la mia gozaba de aquel abandono. La naturaleza abría sus brazos para mí y yo desahogaba en ellos mi dolor; mis lágrimas se deslizaban con libertad, mi sentimiento se esplicaba con la misma. La compasion es un martirio cuando hay necesidad de llorar; este es el bálsamo que deja el infortunio. No es enteramente infeliz el que se encuentra con sensibilidad para llorar.

Un aparato selvaje, un silencio profundo interrumpido alguna vez por el lejano ruido de las fieras, es el festín del desgraciado. Mi corazón recuerda el hombre primitivo; mi alma reflexiona en su situacion, y mis ojos la felicitan con el llanto; esta es la cancion del dolor; para mí es la del placer. Nunca me he creído tan favorecido del destino, como cuando separado de los hombres me he conocido dueño de mis lágrimas.—BERNARDO FLORES.

(Escrito para el Museo.)

## ESTUDIOS MORALES.

DESGRACIADOS EFECTOS  
DE UNA SEDUCCION.

Carta de un libertino arrepentido, á su Esposa.

DIAS ha, querida esposa, que insistes en que te revele las causas de mi profunda melancolía; pero no he tenido valor para declarártelas en una conversacion. Sin embargo, conociendo que podria alcanzar algun alivio, depositando mis penas en tu pecho, me he determinado á escribirte esta carta, en la que si bien advertirás que has tenido por marido á un malvado, sabrás al mismo tiempo que hoy se halla arrepentido de sus crímenes, y que la que juzgas tristeza, no es otra cosa que el producto del mas sincero arrepentimiento.

Recordarás, mi dulce amiga, que poco despues de haber contraido nuestro indisoluble enlace, descubriste en mí una conducta tan desahogada, que llegaba ya hasta la depravacion, á consecuencia de la mala eleccion que hice de amigos, los cuales, casi desde mi juventud, vicarian mis sentimientos y dieron á mi carácter un giro demasiado imprudente. Por mi parte tampoco he borrado de la memoria, que tu incansable silencio, tu heroica prudencia, tu amabilidad y demas virtudes conyugales, me obligaban algunas veces á reconocerme y detener temporalmente mis extravíos. En esos intervalos afortunados, tenia lugar de conocer cuánto vales, hallaba gusto en la felicidad doméstica, y me complacia al verme rodeado de mis pequeños hijos, cuya educacion dirigias sin perdonar cuidados. Mas para hacerte conocer los tormentos que ahora despedazan mi corazón, necesito volver los ojos al tiempo desgraciado, en que me dejaba arrastrar del torrente de los vicios.

Apenas habrían trascurrido seis meses, despues de nuestro matrimonio, cuando paseándome una tarde á caballo por la hermosa ribera de San Cosme, y estando ya muy cerca del cementerio de los Protestantes, comencé á caer una menuda lluvia, á la que se siguió un recio y largo aguacero. Me refugié en el zaguan de una casa, en el que se hallaban tambien, por el mismo motivo, tres señoras, á quienes acompaña-

ba un hombre, regularmente vestido, y que tendria unos cincuenta años de edad. Al principio no fijé en aquellas mi atencion; pero mi criado N. que era mi agente en la dilatada secuela de mis desórdenes, las vió mejor que yo, y apenándose de su caballo, se me acercó para tomar las riendas del mío. Al echar pié á tierra, me hizo notar que una de aquellas señoras era jóven y bonita. Esta observacion fué bastante para decidirme á su conquista, por lo que sin detenerme inventé cualquier pretexto para entablar una conversacion con aquella familia.

—¿Qué tarde tan pésima, señoritas!

—La señora de mas edad.—Sí, señor, malísima tarde.

Yo.—Pero al menos, vdes. vivirán muy cerca de aquí.

El hombre.—¡Oh! no, señor: nuestra casa está muy adentro de la ciudad. Hemos venido á pasear las huertas y nos ha sorprendido la lluvia. . . . ¿Qué quiere vd! . . . Es tiempo de ellas, y debíamos haberlo considerado antes.

La mas bonita.—¿Y qué haremos ahora, madrina!

La señora.—Esperemos que calme un poco la agua.

Yo.—Siento mucho, señoritas, no traer mas de dos caballos, que no son bastantes para todos; pero. . . .

Todos.—Muchas gracias, muchas gracias.

A este corto diálogo siguieron otros varios sobre cosas indiferentes, en los que noté que á la jóven bonita le daban el nombre de Luisa, y que la otra (que tendria poco mas de veinte años) era hija de aquel matrimonio. Informado de estas particularidades, me resolví desde aquel punto á presentar mis obsequios á aquella linda jóven, ó lo que es lo mismo, juré la ruina de Luisa. Dije entonces á mi criado que se llevara los caballos, y volviera en un coche, advirtiéndole en secreto, que no fuera el mío, sino cualquiera del sitio, y que no me llamara por mi verdade-

ro nombre, sino por el de J. C., que fué el primero que me ocurrió. En seguida, supliqué á la familia esperara á que llegara el coche, y me concediera el honor de acompañarla hasta su casa: ofrecimiento que era imposible dejaran de aceptar en aquellas circunstancias, especialmente cuando ya se avanzaba la noche. El tiempo que empleé mi criado en ir á buscar el coche, y el pequeño servicio que acababa de hacer á aquellos señores, dió lugar á que nos tratáramos todos con menos estrañeza.

Animada la conversacion, no tardé en saber que Luisa tenia 17 años, y que era ahijada de la señora. Supe, ademas, que esta niña procedia de una familia decente; pero que vivia en la orfandad y á expensas del trabajo de sus manos, sirviendo de costurera en una casa particular, donde permanecia toda la semana á excepcion de los dias festivos que los pasaba en compañía de sus padrinos, personas de pocas comodidades, pero que la amaban tiernamente.

Ya era entrada la noche cuando llegó el carruaje: entramos en él, y durante todo el tránsito fui particularizándome en la conversacion con Luisa, en quien descubrí gracia y talento, al mismo tiempo que un candor virginal; pero noté tambien que mi asiduidad con ella y la finura de mi lenguaje, le habian causado alguna impresion. Me prometia que al llegar á la casa de los padrinos, me estrecharian estos á entrar en ella, segun se acostumbra en lances semejantes, y que aun me la ofrecerian para lo sucesivo. Efectivamente sucedió así, paró el coche en la calle de \*\*\* y fueron tantas las instancias de aquellos señores para que subiera, que no pude negarme, aunque realmente no deseaba yo otra cosa. Sin embargo de ser esta la primera visita, y que la urbanidad aconsejaba que fuese corta, permanecí allí algun tiempo, fondeando el corazón de Luisa, y encantándome cada vez mas su graciosa y modesta conversacion. La mía fué en esta ocasion muy estudiada: apareñata en ella un pundonor de que me hallaba exhausto, y una delicadeza que en este género de trato no conocia: la hice extensiva á otras materias, y en cada una desarrollaba un fondo de probidad y un carácter tan generoso y amable, que mis oyentes elogiaban á porfia unos sentimientos, que, segun su propio sentir, eran muy poco comunes. ¡Pobres gentes! Yo las vi felicitarse de aquel casual encuentro, ó mas claro, les vi beber el veneno en copa de oro. ¡Era un basilisco el que tenian á su lado, bajo la apariencia de un ángel! Por último, eran ya las nueve de la noche, y fué preciso retirarme; pero me estrecharon á que les prometiera una segunda visita para el domingo siguiente.

Tal fué, querida esposa, mi primer conocimiento con Luisa. Habria valido mas que una

enfermedad repentina y dilatada me hubiera sorprendido y borrado de mi memoria: esa linda jóven habria escapado así de los lazos que le tendió su seductor, y éste seria hoy menos desgraciado! Pero estaba escrito que yo debía ser su verdugo, y que por donde quiera debian seguirme los mas crueles remordimientos.

Llegó, pues, el domingo, malignamente deseado por mí, y sinceramente apetecido por la desgraciada Luisa, á quien hallé mas amable y encantadora que la vez primera. El efecto que en ella y en sus padrinos produjeron mi afectada moderacion, y la lealtad aparente de mis sentimientos, se hizo mas notable que en la noche de mi anterior visita; y como sabia por experiencia, que un hombre de estas cualidades, se hace todavia mas estimable para las mugeres, si á unos modales obsequiosos añade las circunstancias de no ser casado y gozar de algunas comodidades, tuve el cuidado de sembrar en mi conversacion algunas especies que indicaban mi libertad para contraer matrimonio, y la calidad de mi fortuna, con lo que acabé de echar el sello á mi malignidad.

En las frecuentes visitas que seguí haciendo á los padrinos de Luisa, fué ya fácil entenderme con esta, acerca de mis pretensiones, que por lo pronto no se contrajeron á otros fines que á los de una union legitima. No tardé en conocer que poseia un carácter desinteresado, y que me amaba con pureza y sinceridad. Sus padrinos, creyéndome hombre de honor, hacian de mí la mas imprudente confianza, y en varios paseos que dimos á los pueblos inmediatos á la capital, tuve ocasion de tomarme algunas libertades con Luisa; pero fui rechazado con aspereza, pues en este punto era verdaderamente intratable: manifestábase siempre el mayor cariño; pero repelia mis tentativas con una firmeza que no hacia mas que irritar mis impuros deseos.

En vano le repetia la promesa de matrimonio, añadiéndole que su celebracion solo dependia de la conclusion de un pleito que iba á consolidar para siempre mi fortuna, pues aunque Luisa se allanaba á esperar ese término vago é incierto, no convenia de modo alguno en contentar mis caprichos; y para distraerme de este propósito me hablaba con la mayor sencillez y abandono, de la distribucion que haríamos de nuestro tiempo despues de habernos unido. ¡O tierna flor! ¿Tú te mostrabas tan bella é interesante á los ojos del hombre bárbaro, cuyo pecho endurecido habia jurado ajar tu lozania!

Una vez que di un dia de campo á la familia en el pueblo de T., deseando poner un término á mi infame proyecto, anuncié á todos que dentro de un mes, á lo mas tarde, podria verificarse mi matrimonio con Luisa, pues ya habia con-

cluido favorablemente el pleito que lo embazaba. Esta indicación la trasporté de gozo, y cuando nos sentamos á la mesa, la hice beber de todos vinos en celebrad de mi triunfo judicial, obligándola á escudarse en fuerza de súplicas, impertinencias y aun enojos. Concluida la comida, y hallándose aquella jóven en un estado cercano á la embriaguez, la llevé á pasar las huertas bajo el pretexto de tomar el aire, y en medio de la soledad que reinaba en una de ellas, redoble mis conatos y multipliqué mis promesas y juramentos. Perdida casi su razón, debilitadas sus fuerzas con una resistencia continuada, y no viendo en rededor de sí socorro alguno humano, la desgraciada niña no pudo impedir que yo consumara su ruina.

Poco tiempo despues, cuando ya se habian disipado los vapores del vino con la frescura de la tarde, conocí Luisa todo el horror de su situación, y prorumpió en el llanto mas doloroso. Ningunos consuelos fueron bastantes á calmar su pena, y aunque recibí mis protestas trilladísimas de union inmediata y de felicidad futura, parecia que ninguna impresion causaban ya en aquella niña inocente, toda ocupada de su pérdida. No hay duda en que el arrepenimiento es un pesar violento, causado por las infracciones de una regla casquera, ó por los daños que nos hemos hecho; pero tambien lleva consigo la intencion bien decidida de repararlos, y hacerlos olvidar. Esta es la única tabla que nos queda despues del naufragio, y el único refugio de aquellos males que son irreparables. Las lágrimas sinceras del arrepenimiento, pueden llamar la indulgencia al socorro del culpable, y borrar ó atenuar su crimen. ¡Felices aquellos que las derraman! Pero mas felices todavía aquellos mortales privilegiados que jamas tuvieron necesidad de ese remedio único, y por lo comun impotente!

Rendida una vez Luisa ¡qué mucho que se dejara vencer otras varias! Así permanecimos algunos meses, hasta que ella me declaró con la mas anarja aflicción, que iban á ser patentes las consecuencias de nuestro criminal comercio. Yo, que ya lo podía todo sobre esta desdichada criatura, logré convencerla de la necesidad de salirse de la casa donde se hallaba, ocultarse á las miradas de todos, é ir á ocupar un alojamiento que ya le tenia preparado en un barrio de la ciudad.

Cuando sus padrinos me anunciaron con dolorosa sorpresa, el desaparecimiento de su ahijada, fingí un sobresalto extraordinario, y tuve la barbarie de injuriarlos, suponiéndoles que me la habian ocultado para frustrar nuestra union, y obligarme de este modo á que pusiera los ojos en su hija. Salí de la casa con afectada indignacion; pero antes pude observar que aquellas

buenas gentes sonreian á mis aparentes arrebatos, y pareció que en esta vez no quedaban muy satisfechos de mi sinceridad. Sin embargo, descansaba yo en que ignorando mi verdadero nombre y domicilio, no se atreverian á emprender ningun reclamo judicial. Entre tanto, pasaba agradables dias al lado de Luisa, y en mi amoroso enagenamiento olvidaba aun las obligaciones que te debo, y la educacion de mis hijos.

Al tiempo fijado por la naturaleza, la víctima de mi seducción dió á luz un niño, que se empezó en criar por sí misma, á riesgo de desagradarme, y á quien puso por nombre el que yo decia llevar; pero desde aquel punto, Luisa no era ya á mis ojos aquella encantadora criatura que tanto me habia cautivado; y de la sociedad pasé al fastidio, y de éste á la resolucion de abandonarla.

En efecto, la sociedad, despues de haber soportado el deseo y los demas atractivos de la posesion, no me dejó ya percibir cosa alguna que pudiera agradarme, en aquello mismo que antes habia deseado con tanto ardor: á esta sociedad sucedió el disgusto, que me inspiró ya repugnancia para el objeto poseído; y luego me asaltó la amargura, que cambia siempre en aversion decidida, la posesion mas deliciosa.

Confieso, querida amiga, que formé el proyecto de abandonar á Luisa, señalándole, sin embargo, un auxilio mensual para que viviera con su hijo; pero un suceso imprevisto frustró mis designios. El dia en que me resolví á la separacion, tomando por pretexto un viaje lejano, llegó á la puerta una pobre vieja, que por desgracia me conocia por haber servido muchos años en casa de mis padres. Salíndome delante de Luisa por mi verdadero nombre, y en seguida me preguntó por la salud tuya y de mis hijos. Afectado no conociera, le respondí con desearo que ni mi nombre era aquel por que me habla, y que la salud de mi esposa é hijos, estaba de manifiesto en Luisa y su recién nacido.

Yo no pregunto por esta señorita, añadió la vieja con indignacion, sino por su esposa de vd, D<sup>ña</sup> N. y por sus niños H. y L. En cuanto á tener vd. otro nombre del que le pusieron en el bautismo, y por el que le conoce todo el mundo, bien sabe vd. que no puedo equivocarme, cuando lo he tratado desde que nació.

—¿Miente vd., solemnísima embusteral la dije dándole un empujon para que saliera. Y volviéndome á Luisa, añadí: ¿Qué viene á hacer esta insensata! ¿Qué relaciones tiene contigo?

Pero Luisa ya no me oía; la habia sobrecojido un mortal desmayo.

Aunque próximo á abandonarla, siempre estuve manteniéndole la esperanza de que nues-

tro enlace se verificaria muy breve; mas en aquel momento acababa de adquirir la conviccion de que yo la habia engañado, y que ya era irreparable su pérdida.

Salí la vieja sin necesidad de que se lo repitiera; pero al alejarse me echó una mirada de desprecio. Tambien salí yo poco despues de que Luisa recobrará sus sentidos, y esta salida tuvo por objeto evitar de pronto sus justas convenciones.

A la mañana siguiente volví á verla; pero me sorprendi demasiado al encontrar cerrada su habitacion. Al oirme llamar á la puerta, subió una vecina, y me instruyó de que Luisa habia dejado la vivienda desde la noche anterior, y que al irse le habia encargado me entregase una carta, que desde luego puse en mis manos; abrila con impaciancia, y contenia estas lineas:

—El hombre vil que á sangre fria meditó la ruina de una feliz muger, no puede ser apropiado para fijar en el corazon de su hijo los principios de una sana moral, y encaminar sus débiles pasos por la senda de la virtud. Hé aqui el motivo por qué he resuelto sustraerlo de su vista.

—La muger que debe entregarle esta carta, pondrá tambien en su poder la llave de la habitacion, en la que no falta ninguno de los efectos que me dió por precio de mi afrenta. Nada quiero de tal hombre. Dios, que ve mi arrepenimiento, me dará fuerzas para trabajar, y acudir con el producto de mis labores al sosten y educacion de mi hijo. ¡Dichoso él, si jamas sigue las huellas de su perverso padre!

—Luisa.  
—Amque, como ya he dicho, no existia en mi sombra alguna de aquella pasión ardiente que me devoró un año antes, no pude sin embargo dejar de conmovirme á la lectura de esa carta. Hice los mayores esfuerzos por encontrar á Luisa; pero todos fueron inútiles, y el tiempo, ó por mejor decir, la sequela de otros desórdenes semejantes, me hicieron olvidar enteramente á la desgraciada Luisa.

Pasáronse siete años, y ya el olvido de aquella ventura habia echado profundas raices en mi pecho, cuando hace un mes que al pasar por una calle poco frecuentada, vi sentado en la puerta de una tienda á un niño cubierto de andrajos que lloraba amargamente, sin que nadie se acercara á consolarlo. Su piel blanca y hermosa que se descubria á trechos por todos los agujeros de su vestido; su pelo rubio y finisimo que caia en desórden sobre un rostro gracioso, pero macilento, llamaron desde luego mi atencion, y me hicieron creer que aquel niño pertenecia, sin duda, á alguna familia decente y desgraciada. Acérqueme, pues, á él, y entablamos el siguiente diálogo:

—¿Por qué lloras, niño?

Al levantar el rostro para responderme, faltó poco para que perdiera el sentido, reconociendo en él toda la fisonomia de Luisa. Pasado aquel primer trasporte volví á preguntarle:

—Niño ¿por qué lloras?

—Ay, señor! ¡No le de llorar, cuando mi adorada madre está moribunda y no hay con qué alimentarla! Aquí me hallo implorando la piedad de los que pasan para llevarle algun consuelo. Díguese vd. dame una limosna.

Estas palabras lastimosas, que acompañaba con sollozos, y aquel rostro infantil bañado de lágrimas, acabaron de estremecerme.

—Yo te socorreré, hijo mío, le dije haciéndole una caricia; pero, dime, ¿cómo te llamas? ¿qué edad tienes?

—Mi nombre es J. C., y tengo siete años.

—¡Gran Dios! exclamé en mi interior: ese nombre es el mismo con que quise llamarme cuando emprendí la seducción de aquella infeliz... y la edad del niño conviene exactamente con el tiempo que ha trascurrido desde su parto.

—Y tu madre ¿cómo se llama?

—Se llama Luisa.

—¡Oh, hijo mío! exclamé al punto apretándole lo contra mi pecho: ven á mis brazos, desgraciado niño, y cesa de llorar, pues has encontrado á tu padre.

—No; vd. no lo es... ¡Parece vd. ser tan bueno!... Mi padre es un monstruo de perfidia... Así le llamaba mi madre con frecuencia cuando se acordaba de él; hoy ya no le llama así, ni de ningún modo, porque apenas habla... ¡Dios libre á vd. de parecerse á mi padre!

—¿Qué reproche tan merecido, me hacia aquel niño sin saberlo! La confusion y la vergüenza me asaltaron de un modo simultáneo, y no sabia qué responder á aquel inocente; pero disimulando cuanto pude estos sentimientos, ¡lévame, le dije, á ver á tu madre, que yo la socorreré.

Entonces el niño, saltando de gozo me llevó á una casa inmediata, de un aspecto tristísimo. Su patio era tambien demasiado desagradable, y en su rededor no se veia mas que una media docena de cuartos que tenian la apariencia de sepulcros verticales. Cabalmente en el mas oscuro y arruinado, era donde Luisa habitaba, indicándomelo el niño, muy ageno de saber la fúlgubre impresion que me causaba: "Aquí es, aquí es," repetía la criatura con candoroso entusiasmo.

Al acercarme, senti que mi corazon latia con violencia, y que mis piernas apenas podian sostenerme. ¿Qué significaban estas sensaciones? Eran nacidas del deseo de renovarlas felices, ó dables que experimenté en la mi pasada con-

ducta! Pero ya Luisa no estaba en el caso de despertar una pasión que el tiempo había adormecido, y que su estado moribundo hacía imposible. Era tan injusto en aquella especie de estupor que me agobiaba, que no me detenía en acusar á la Providencia de haber permitido que un malvado como yo viviera en el seno del lujo y de la abundancia, mientras que la víctima desgraciada de mis desarreglos, gemía sumida en el oprobio y en la indignidad. Olvidaba que esta vida es transitoria, y que hay bienes eternos reservados exclusivamente á los que han vivido resignados á las privaciones, demasiado comunes en la tierra.

Con paso vacilante me acerqué á la puerta de Luisa, y llamé el niño. Asomé entonces una anciana, que conocí ser aquella criada antigua de mis padres, que con tanta impiedad despidió siete años antes, por haberme llamado por mi verdadero nombre, y preguntado por la salud de mi familia. Al verme retrocedió algunos pasos, y pareció horrorizarse como si se le hubiera presentado un espectro.

—¿Quién ha conducido á vd. aquí? me dijo colérica. ¿Viene vd. por desgracia, á acabar de asesinarnos?

—No se inquiete vd., buena mujer, le respondí con dulzura, ni abuse vd. por mas tiempo de mi cruel situación.

—No entraré vd., replicó la vieja queriendo cerrar la puerta del todo: sus miradas de vd. son peores que las del basilisco: salga vd., le repito, y no vuelva á poner aquí sus pies.

—Pero, señora T., puede vd. ser conmigo tan incesorable?

—Mas lo es vd., me respondió con enojo, pues con su inesperada presencia quiere abbreviar los días de una infeliz jóven, en recompensa de haberla amado. Niño, añadió dirigiéndose á mi hijo, deja la mano de ese hombre.... Ese es tu desnaturalizado padre.

—Estoy cierto, dijo el niño llorando, que no es tan malo como vd. dice: me ha hecho cariños, y viene á socorrer á mi madre. No me vuelva vd. á decir que es malo....

La inocente intercesión de aquel amable niño, me conmovió demasiado: mis ojos se llenaron de lágrimas y permanecí por un instante inmóvil. Entretanto, una voz lánguida y enfermiza, que parecía salir del fondo del cuarto, preguntó: ¿por qué era aquella disputa?

—Váyase vd., por Dios, me dijo entonces en voz baja y con mucha inquietud, la incesorable vieja.

—¿Pues qué! ¡no podré verla un momento!

—Oh! No, señor: la revolución que haría en su máquina la presencia de vd., le quitaría al punto la vida. Déjela vd. morir con sosiego, y no venga á amargar sus últimos instantes.

Durante esta alteración, se deslizó el niño por entre nosotros y corrió hasta la cama de su madre, gritando:—“Es mi papá que quiere ver á vd., y no es un mal hombre.” En este acto me desembaracé de la vieja, á pesar de los esfuerzos que hacía para contenerme, y me precipité á lo interior de la pieza. Pero.... ¡gran Dios!.... ¡qué espectáculo me esperaba! Mi alma se llena de horror al recordarlo, y mientras viva, jamás se apartará de mi memoria! Luisa, la desgraciada Luisa, á quien pocos años antes había visto brillando en gracias y hermosura, como el sol matutino, y cuyas mejillas mas frescas que la rosa, anunciaban una robusta salud, yacía tendida en su lecho de muerte. Sus formas angélicas habían desaparecido del todo, no presentando mas que un esqueleto, apenas animado: aquellos ojos negros y expresivos que cautivaban el alma, se hallaban hundidos, eclipsados, y rodeados de un tinte livido y sombrío: sus labios de carmín, que antes solían sonreírseme, dejando entrever dos hileras de perlas, estaban cárdenos, inmóviles y comprimidos; y por último, en todo su rostro, pálido y amarillento, se hallaban impresas las señales de una próxima desorganización. Aquella jóven, semejante á la flor del desierto, se había marchitado en la primavera de su existencia.

El primer movimiento de Luisa, cuando me acerqué á su lecho, fué pasar sus ojos sobre toda mi persona; pero con cierto aire de espanto y de sorpresa. Yo volví entonces la vista hácia otra parte, como si temiera encontrarme con sus socorros: para morir los necesito menos. Ese tiempo ha obrado en mí una mudanza absoluta, tanto en mi cuerpo como en mi espíritu: quiera el cielo que la vista de este triste espectáculo que le presenta su víctima, haga en la conducta de vd. un cambio semejante. Esto es cuanto le desee en recompensa del mal que me ha causado.

—Confieso, amada Luisa, le respondí sollozando, que soy un malvado, un monstruo indigno de respirar el mismo aire que vd.; pero no me es posible ver con fría indiferencia el cruel estremo á que la he reducido. Pongo por testigo al cielo, de que daría mi propia vida, por reparar el perjuicio que le he ocasionado, y que....

—Basta, señor, me contestó interrumpiéndome; recuérdeme vd. que le he visto faltar á sus mas solemnes juramentos. Retírese, pues, y déjeme morir en paz: sea vd. fiel á su esposa, cuide de sus hijos, y no abuse mas de la credulidad de otras jóvenes incautas. Vd. morirá algún día.... quizá muy breve.... y entonces deseara haber obrado bien.

—¿Y qué! ¿me niega vd. su perdón? ¡Oh! Luisa, adorada Luisa! Yo procuraré reparar en parte mis faltas, asegurando á vd. y á este niño una pensión decente, que les proporcione vivir con alguna comodidad.... Yo....

—Ya es demasiado tarde, me respondió con calma. El mal debía haberse prevenido; pero una vez causado, sus efectos son inevitables.... Pero esta conversación se va haciendo demasiado larga; yo no estaba dispuesta á este lance, y ya.... las fuerzas.... me faltan.... yo muero....

Sus últimas palabras eran ya imperceptibles. Entonces me arrojé á su lecho, y le tomé una mano, acción á que ya no pudo resistir por su

estremada debilidad: sentí que se estremecía entre las mías, como el pajarrillo herido en las manos del cazador. Luisa fué acometida de un mortal desmayo.

Me pareció prudente no permanecer por mas tiempo amargando con mi presencia sus últimos instantes; y dando á la vieja que la cuidaba, cuanto dinero llevaba en el bolsillo, salí de aquella mansion de dolor, con el corazón oprimido y casi sin poder respirar. Entré maquinalmente á un cuarto inmediato, y me arrojé en una silla, sin captar el consentimiento de su dueño. Este, que era una pobre mujer, procuró consolarme, sin saber que sus consuelos me causaban la mayor aflicción. Redújéronse á hacerme una relación del sistema de vida que Luisa había observado durante el tiempo que allí habitaba. Supe que ocupaba aquel cuarto desde una época que correspondía exactamente al día en que se separó de mí: que para subsistir con su hijo se había dedicado á la costura de una manera tan asidua, que se le encontraba cosiendo día y noche, y que este trabajo continuado unido á una secreta pena, que jamás quiso revelar á nadie, le había acarreado una tisis pulmonar, que la redujo muy breve al triste estado en que la veía. Que no obstante aquella ocupación, que absorbía la mayor parte de su tiempo no descuidaba la educación de su hijo, á quien ella misma enseñó á leer y escribir, é instruyó en los principios sagrados de la religión: últimamente, que su ambilidad, su honradez y su retiro, eran tan ejemplares, que las vecinas la citaban á sus hijas como un modelo que debían imitar.

Al día siguiente muy temprano volví á enterarme del estado de Luisa. Antes de pisar el umbral de su puerta, noté que ésta y la ventana se hallaban entreabiertas, lo que fué para mí un presagio tan fatal, que permanecí inmóvil largo tiempo. El silencio que reinaba en aquel recinto, solo era interrumpido por algunos sollozos sofocados, que parecían lamentar alguna pérdida irreparable. Ningun objeto percibía en el interior, á causa de la oscuridad de la pieza; pero la ofensiva vieja, que me descubrió desde adentro, salió á la puerta, y abrióndome del todo.... “Ahora sí, me dijo, puede vd. entrar sin temor de turbar el reposo de que ya disfruta su víctima.”

Estas palabras me dejaron petrificado. Sentí que un dogal oprimía con violencia mi cuello, y me privaba de la respiración; quedé repentinamente á oscuras, como si un eclipse súbito hubiera interceptado la luz del sol, y me faltaron las fuerzas en tal grado, que fué necesario apoyarme en la pared para no caer. Finalmente, aquellas palabras produjeron sobre mí los efectos del rayo.

Pasados algunos minutos, me adelanté con paso vacilante hacia el miserable cuarto que contenía el cadáver de Luisa. Hallábase éste aún en la cama, teniendo fuera una mano que mi hijo besaba y bañaba con sus lágrimas. A la vista de aquel fúnebre espectáculo, fué tal la sorpresa que experimenté, que mi corazón parecía ya insensible á la pena. En efecto, la desolación entregada á los accesos del dolor mas vivo por la pérdida de un objeto querido, se comunica rápidamente á todo nuestro ser; y á los movimientos impetuosos, á los sollozos y á los profundos suspiros, suceden por intervalos una actitud fija, y un triste silencio, durante los cuales permanece el dolor como suspenso, para dar á los órganos fatigados el resorte de que tienen necesidad, á fin de obedecer la impulsión que han recibido.

Después de haber dado á la memoria de Luisa el tributo de mis lágrimas, y consolado en lo posible á mi hijo, pensé ya en los preparativos necesarios al entierro de aquella. Dispuse que se verificara en uno de los panteones no comunes, y que su lápida sepulcral contuviera esta inscripción:

"Aquí yace una flor cándida y pura,  
Que el ciego venenoso ha marchitado:  
Igual fué su modestia á su hermosura,  
Y de prudencia fué claro dechado.  
Tuvo un desluz... gemió su desventura:  
Tuvo un error... mas ¡cuánto lo ha llorado!  
Siete años de espaciación le han alcanzado  
Perenne dicha y eternal ventura."

Gratifiqué generosamente á la buena anciana que sirvió á Luisa de segunda madre, amparándola en su infortunio, y asistiéndola en su última enfermedad. Vestí decentemente á mi hijo, y lo puse en un pensionado, para que acabara de perfeccionar su educación, y yo he seguido llorando en silencio la temprana muerte de una joven desgraciada, víctima de mi seducción que hubiera podido hacer la dicha de un esposo, y la felicidad de sus hijos.

Desde ese día fatal, me veo á cada paso turbado por las mas tristes imágenes. Unas veces en el silencio de la noche, me parece ver á Luisa, tal cual se hallaba el día que precedió á su muerte, esto es, pálida, descarnada, recordándome mi negra ingratitud, y poniéndome de manifiesto el estado miserable á que la habia reducido mi perfidia: otros me parece que levanta la cabeza desde su ataúd, y me cita ante el tribunal divino: otras, en fin, se me presenta tal como la ví la vez primera, brillando en hermosura y en modestia, y adornada con todas las gracias de la juventud y del amor... Perdona, amada esposa, si me atrevo todavía á ha-

cerle esta última pintura de Luisa; y que para disculpar mi temeridad te acompaño su retrato: ya no puede ser para tí una rival, ni ella creyó jamás serlo, pues ignoraba tu existencia!

He aquí la causa de mi profunda tristeza, que con tanto empeño has querido te revele. Luisa se me presenta por todas partes, bajo distintas formas: su sombra me persigue donde quiera, y mis ensueños son fúnebres y horrorosos. Conozco que tan dolorosas sensaciones las producen mis remordimientos. Estos son hijos del crimen: desencadenados contra mí, despedazan mi alma con reproches amargos y continuos: ellos desarrollan á mi vista el cuadro de mis maldades, y me obligan á meditar sobre cada línea de esta horrible pintura: encargados de castigarme, se arman de puntas aceradas con que penetran mi corazón de mil modos, y cual azotes vengadores de las furias, gravitan sobre mí día y noche, sin darme un momento de reposo.

¡O libertinos! Recibid esta lección. Así la hubiera yo recibido antes: quizá no habria hecho la desgracia de una joven inocente, y deteniendo el curso de su vida á los veinte y cuatro años de su edad! Los que se dejen seducir por esos placeres fugaces, no tardarán en disipar su embriaguez. El fastidio, la tristeza, el pesar y el remordimiento, los asaltarán indudablemente, y no vivirán sino para gemir sobre los excesos á que se han entregado. Esos placeres se debilitan al multiplicarse, y mutuamente se destruyen. Podrían tal vez rivalizar con los del espíritu, si fueran mas constantes y duraderos, y menos sujetos á alterarse; pero tal es su naturaleza, que nos arrastran bien pronto á excesos que sofocan la razón, obstruyen aun los órganos del sentimiento, y producen la saciedad, el disgusto y la amargura.—*Tu amantísimo esposo.*

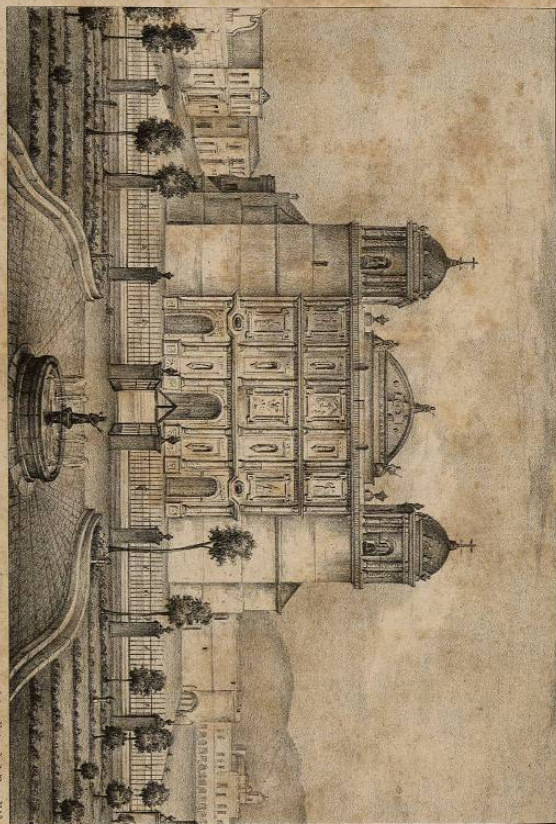
#### IMPETUREABILIDAD.

El condestable de Borbon, cuya traición para con Francisco I no le hizo olvidar la valentía y pericia militar, halló la muerte en el asalto de Roma el año de 1527: él sube el primero y recibe el golpe mortal: al caer dice á un oficial suyo: "Acelérate á cubrirme con esta capa: oculta mi muerte á los soldados; y que lleve yo conmigo á lo menos la esperanza de la victoria." Se ejecuta la orden; oye el que los españoles se preguntan unos á otros: "¿En dónde está Borbon? ¡Ha muerto!" "No," les dice sin descubrirse, "Borbon va marchando mas adelante; seguidle;" y espiró al momento.

Ciceron dijo, que las tres cosas mas difíciles en este mundo son: 1.º guardar un secreto; 2.º olvidar una injuria; 3.º emplear bien el tiempo.

## OAJACA.

Su situación, Terreno, Clima, Producciones y Riqueza de este Departamento.  
Su decadencia y causa de ella.



CATEDRAL DE OAJACA.

Los dibujos de J. C. de la Cruz.

El Departamento de Oajaca (1), antiguamente llamado Antequera, uno de los mayores de la república mexicana, linda con los de Puebla y de Veracruz, con el mar Pacífico y con el Departamento de Chiapas. Su suelo se halla sembrado por todas partes de cerros; regado por multitud de ríos, y casi cubierto de innumerables pueblos, que aunque mezquinos y pobres, no carecen de hermosura. Los ríos desembocan, casi todos, en el Pacífico, en cuyo mar posee el Departamento de Oajaca algunos buenos puertos. Su clima es benigno, aunque cálido, y su cielo es de un azul purísimo; se gozan en el mismo Departamento de varias temperaturas, y va aumentando gradualmente el calor desde la unión de Oajaca y Puebla, hasta Tehuantepec, en cuyo punto el calor es excesivo. Por esta razón hay en él casi todas las producciones que en lo restante de la república, siendo notable el gusto esquisito de las frutas y regularmente su tamaño, que es muy superior al que tienen las de México. Entre las mas agradables se puede enumerar la conocida con el nombre de *piñanona*, porque en ella se halla mezclado sin confusión el sabor de la piña con el de la anona, lo que la hace muy grata al paladar, y los *chicozapotes*, que á mas de ser de gran tamaño, son sumamente dulces.

Rico, como ninguno otro en maderas, posee algunas muy notables, unas por su dureza y otras por la hermosura de su vista. Entre las primeras se halla el *yagalan*, que se puede golpear con el cuerpo mas duro sin quebrarse, y que á costa de gran esfuerzo se hace astillas solamente. Entre las segundas la mas bonita sin duda es, una que está jaspada de varios colores, que aunque no son sumamente vivos, con el pulimento producen un efecto muy agradable en la vista. Hay tambien otra amarilla como el oro, que barnizada es superior en hermosura á

la caoba. Esta última abunda tambien, y debe haber una variedad portentosa que pocos, ó mas bien dicho, ninguno se ha dedicado á examinar.

Se encuentran tambien en el Departamento de Oajaca, mármoles, cuarzos, jaspes y otras producciones de esta clase, que son tambien desconocidas, como todas las riquísimas producciones del suelo mexicano. Posee minas de oro y plata en abundancia, hallándose muchas de ellas cercanas á la capital. En materias de granos los que se cultivan en el Departamento son de muy buena clase, especialmente el cacao, y sobre todo el café, que pudiera competir con el mejor del mundo. Sin embargo, el cultivo de este último es muy escaso, lo que es muy digno de lamentarse, pues tal vez el café ojaqueño llevaria en el comercio el primer lugar que merece por su aroma blando y su sabor agradable. Hay tambien en este Departamento, gomas y resinas sumamente curiosas. En una palabra, produce enanto se puede apetecer para la vida y placeres del hombre.

La pesca de perlas es muy abundante en el Sur; lo es tambien la de mariscos, ballenas, ballenatos, y multitud de peces de todos tamaños y figuras, cuya enumeración seria muy larga y para algunos fastidiosa. Pero en nada de esto ha consistido la riqueza de los ojaqueños, porque el artículo principal de su comercio ha sido la grana y el añil; con aquella, mil familias eran poderosas, y tenían un tesoro inagotable. Impendian un cuidado estrordinario, y tal como lo escoge la naturaleza de ese insecto, que los remuneraba con sus productos asombrosos, pues son increíbles las cantidades que se empleaban en este comercio por los españoles. Mas esta fuente de riquezas acabó ya, y el Departamento de Oajaca es hoy miseráble, siendo la mayor prueba de esto la baratura de todos los comestibles, que se nota ahora, y que nunca habia habido. Y aunque en esta decadencia han influido gravemente los trastornos políticos de nuestra época, la causa principal ha sido la falta de comercio con la grana. Esta la ha producido el mal método con que se mataba en los últimos tiempos, por la invención de

(1) Conquistó esta provincia Juan Nuñez de Mercado, que fué page de rodela de Hernando de Cortés, año de 1523, y la poblaron despues de 1528, Juan Zedillo y Hernando de Badajoz; su obispado comprende 21 alcaldías, y el primer obispo fué D. Juan Lopez de Zarate, canónigo de la Santa iglesia de Oviedo.

un nuevo tinte, y porque el cultivo de este ramo se extendió hasta Guatemala adonde con mil esfuerzos lo plantaron sus hijos. Sin embargo, en el año pasado se sacó de este Departamento para Veracruz, una cantidad muy considerable de zurrones de grana, y ya alguna vez se ha anunciado la resurrección de este comercio, por la mala calidad y efectos del nuevo tinte, cuya esperanza parece fundar la extracción de que hemos hablado.

El ramo de antigüedades es muy considerable. Todo el mundo sabe que existe el palacio de Mitla, y que ahora se han descubiertos las ruinas de una ciudad; pero se ignora que en casi todos los cerros, en los mas pueblos, escavando la tierra, en todas partes, se hallan ídolos, armas, vasos y otras manufacturas de los antiguos pobladores del Nuevo Mundo. Omítimos, por evitar la difusión, describir el palacio citado de Mitla, no diciendo de éste mas que la forma de las piedras de que se halla compuesto, que son cuadradas, de poco mas de cuarta de largo, están unidas unas á otras con tanta exactitud, que parecen formar una sola pieza.

Para concluir diremos dos palabras de un árbol monstruoso que hay en el Departamento. Se halla en el cementerio de la iglesia de Santa María del Tule, pueblo muy poco distante de la ciudad de Oajaca; es un *ahuehuete* (1) de enorme magnitud, y en cuyo ahuecado tronco caben veinticinco hombres; parece ser de una antigüedad respetable. Por último, en el Departamento se hallan animales de todas clases, siendo hermosísimas las aves, pues las hay de todos colores y de todos tamaños.

#### Habitantes.—Sus usos y costumbres.

El indio ojaqueño vive en una casa formada de adobe y cubierta de tejas, ó en un jacal cuyas paredes son dos hileras de ramas rellenas de tierra y bastante apropiado para sostenerse á pesar de los temblores, que son muy frecuentes en el Departamento de Oajaca, y algunas veces muy fuertes, como lo fueron los que ellos llaman del *Rosario*, de los que se conservan aún recuerdos, y que se padecieron hace 60 á 80 años. Tuvieron las gentes, dicen los viejos, que salirse de las casas á los campos; la tierra se movía continuamente; los perros alullaban; los gallos cantaban todo el día, y todas las familias oraban sin interrupción en voz alta y pedían misericordia. Los sacerdotes pasaban el día confesando á los desgraciados, y todos estaban llenos de adicción.

(1) De este árbol que inexactamente llama ciprés Mr. Mathieu de Fossey en un Opusculo sobre Oajaca, publicado en varios periódicos, ha escrito una excelente descripción científica, nuestro botánico D. Miguel Bustamante.

Son allí los temblores lo mismo que aquí, de oscilación y trepidación, y como la tierra es firme, cuando tiembla se parte profundamente hasta separarse media vara y un borde del otro.

El indio es taciturno y callado, hospitalario y trabajador; sus formas son regulares y á veces atléticas; pero siempre bien dibujadas y manifestando el hábito del trabajo: es sóbrio y tenazmente apegado á sus creencias religiosas, dócil en todo, excepto en esta materia, en la que es tan portafido, que sucede en algunos pueblos de la Sierra que tengan al cura civilmente muerto y sin comunión con los feligreses, aunque le pagan con mucha exactitud sus derechos y obviaciones. Consérvase entre ellos la creencia de que su vida está unida á la de un animal, y que es forzoso que mueran ellos cuando éste muere. Cuando nace el indio, en los pueblos distantes de la capital, y especialmente en aquellos en que no hay *gente de razon*, como llaman á los que no son de su casta, el padre y sus amigos comienzan á dibujar y borrar sucesivamente en el suelo de su jacal, varias figuras de diversos animales, y aquel que se está grabando al tiempo del nacimiento del chico es su *tona*; cuando crece el recién nacido, busca la *tona*, la cuida y padece con él. Es sumamente respetuoso hacia los muertos, en cuyo día tiene una costumbre particular que se conserva aun en muchos pueblos. En todas las casas de la población se ponen fruta y velas ardiendo; uno y otro se regalan por los parientes y amigos entre sí; en la iglesia, en cada sepulcro, pone el deudo fruta tambien y velas; los panaderos pan y bizcochos, siendo estas ofrendas propiedad del cura, que sale en la noche á decir responso en las casas á que es llamado; entonces los muchachos pasean en grupo las calles, y se entran á las casas llevando las frutas y velas; y gritando *shintagool*, que en el idioma zapoteco, que es el que hablan los ojaqueños, significa *hijo de muerto*.

Solemizan con toda pompa sus bautismos y entierros; en estos últimos, el ruido disonante de sus trompas tiene un no sé qué de fúebre y de solemne, que entristece irremediablemente. Respetan sobremedura á los descendientes de sus antiguos caciques, y en un pueblo no lejos de la capital hemos visto con ternura, á un viejo, hijo de uno de los antiguos señores, pasearse con una magestad que sentaba muy bien á su figura respetable, y á todos los indios quitarse, conforme lo encontraban, el sombrero, besarle la mano que él tendía con mucha dulzura, decirle *daade*, padre, y no cubrir sus ojos sino hasta que lo habian perdido de vista. Su civilización es muy corta y está estacionada, por que no hay ningún empeño en cultivar el entendimiento suyo; de aquí es que conservan la

mayor parte de sus virtudes propias, y que no adquieren sino en muy pocas cosas las de los demas hombres. Son sencillos y francos por naturaleza; pero usan alguna vez del disimulo, principalmente en sus usos religiosos, pues celebran en las cimas de los cerros, en las cavernas y otros lugares, sus convites y ceremonias, sin darse por entendidos de las advertencias de su pastor. Han adquirido un amor ardiente á la libertad, y solo la fuerza los obliga á ceder sus derechos naturales que ellos conocen. Por todas estas razones no aman mucho al clero, y no pudiendo dudar de la verdad del cristianismo, mezclan sus ceremonias magestuosas con las de su antigua mitología, y confunden los dogmas santos de nuestra religion, con los absurdos de su teología.

El amor y respeto filial es grande entre ellos, su fraternidad es notable, y su odio y desprecio á los de razon, se manifiesta claramente en los pueblos que están compuestos de indios solos; nosotros hemos visto pueblo de estos cercano á la capital, en el que á la oracion de la noche era inminente el peligro que corría el *de razon* que pasaba por él. Son dulces en sus costumbres domésticas; tratan á la muger sin orgullo y sin bajca, mirándola como la compañera de su vida. La ocupación de estas es preparar la comida y tejer y teñir *mantas* que son unas piezas de lana muy bien trabajadas, que sirven para su vestido, y cubierta de ambos; y en vender en las poblaciones *tortillas* y otras cosas, haciéndose notar por su estremada limpieza. El indio se ocupa en los trabajos del campo, ya sea propio, ageno ó del comun; para esto último son llamados con una concha que produce mas ruido que una trompeta. Actualmente sus costumbres peculiares van acabando con presteza á causa de la miseria. Por último, son sóbrios y honestos en lo general; su comida comun es *tortilla y chile*, que los indios llaman *chintestl*, y *pulque* su bebida; para caminar se provee el indio de un costal lleno de *tortilla* seca y tostada en trozos menudos que llaman *totopo*, y de *posole*, que es una masa parda que disuelta en agua es agradable, y que les sirve de único alimento en todo su camino aunque sea muy largo. Su salud es paternal; se aprietan la mano, é inclinándose se dicen *sher bezas*, "¿cómo estás?" *hestibil guzac* (1), "bueno, y tú, hermano!"

(1) En las voces zapotecas que escribimos hemos puesto su pronunciación y se no su ortografía, para dar á los lectores una idea de su sonido.

Esto es muy frecuente en los pueblos míges que tienen un idioma particular el cual lleva su nombre. Es de notar que hay en este Departamento varias lenguas, de las que las principales son el zapoteco y el míge; se habla el chantaleño, admirable por su armoniosa dulzura, y el mexicanzo, que hay un punto por el rumbo de Tehuantepec en que se habla; lo que se atribuye á unas colonias de aztecas.

Su traje es muy sencillo, pues consta en el hombre de calzon de cuero y coton; y en la muger, de manta y güepil; el traje de la muger en Tehuantepec, es muy pintoresco; una enagua de indiana, sin camisa, y su güepil muy fino y adornado con mil encajes y otras curiosidades; no usan *reboso* y cubren su cabeza con una manga del güepil, sacando el rostro por una de las aberturas de la manga, lo que las hace parecer monjas, pues se asemeja á una toca. El güepil (2) está muy bordado de sedas y oro, y hace resaltar la hermosura en las tehuantepeñas, que son muy bonitas y muy aseadas. Sus cuerpos son esbeltos y graciosísimos; en suma, son acaso las mejores formas de los indigenas.

Entre los habitantes de esta parte del Departamento se observa una costumbre particular en los casamientos, á la que llaman la *sábana*, que no describimos por ser no muy propia de este lugar, aunque pudiera ser prueba del aprecio con que se mira la integridad en el bello sexo, y aunque no carezca de ejemplo en algun otro país. Para concluir estos apuntes, diremos que las inclinaciones de los ojaqueños son guerreras y (siguiendo una regla constante) muy pronunciadas á favor del ocio: aquellas son mas fuertes en los *míges* (3), aunque no son muy ácidos á la disciplina militar. Manejan bien todas las armas; pero las mas en uso actualmente entre ellos, son el *garrote* y la *pie dra*, en cuya direccion manifiestan una puntería verdaderamente admirable; del primero hacen uso con mucha agilidad, y en él consiste el derecho de los ladrones que hay en el Departamento.

En el ejército mexicano ha manifestado siempre, el indio ojaqueño, mucha serenidad en el peligro, y un valor heroico para vencerle.

Respecto de la clase de *razon*, advertiremos que tampoco es muy ilustrada, y que solo ahora por el comercio frecuente que tiene con la capital de la república, que antes no existía, comienza á ser mas culta; sin embargo, se le notan aún varios resabios de provincialismo que indicamos ligeramente al tratar de la capital.

(2) Güepil: especie de camisa que llega hasta poco arriba de la cintura, y cuyas mangas son cortas y muy anchas.

(3) A pesar de no ser este el lugar propio, diremos que hay dos mixtecas, una alta y otra baja, cuyo temperamento es por lo regular frio; se cultivan en ellas granos y seda en capullos, sus habitantes son muy activos é industriosos. Es un pueblo de esta provincia nació el Himo. Sr D. Nicolás del Puerto, jurista célebre y varon de mucha ciencia y acrisoladas virtudes, y que tiene una de las mejores muestras de la capacidad indígena; pues en aquellos tiempos mereció ser obispo, gobernando la iglesia ojaqueña, á la que hizo mil beneficios.



*Capital.—Edificios notables.—La catedral.—  
Costumbres de la capital.*

Juan Valle del Mercado fundó en un hermoso valle, el año de 1528, la ciudad de Antequera capital de Oajaca, cuyo nombre lleva ahora, y cuyos patronos son San Marcial desde la conquista, y San José después, por los temblores. Es pequeña y no mal compartida. Sus calles están tiradas á cordel y en la dirección de los puntos cardinales; son muy acasadas y tienen un declive hacia su mitad, que se lleva las aguas que caen á un caño que forma un arroyo, en el cual se descargan todas las suciedades, de manera que no se ven las calles fangosas ni desaseadas. Las casas son todas, exceptuando una ó dos manzanas, de un solo piso. Lo que es necesario para resistir los fuertes temblores á que está sujeto el terreno, y que antes eran muy frecuentes; á pesar de esto son bonitas y alegres: en muchas de ellas se cultivan árboles frutales que dan muy buenos frutos; pero ninguna de esas casas merece mencionarse, especialmente por su arquitectura ú otro mérito.

Los edificios públicos son en lo general buenos; los conventos son ocho; dos de Santo Domingo, uno de San Francisco, uno de San Agustín, uno de nuestra señora de la Merced, de Carmelitas descalzas; todos de buena construcción y algunos de ellos agradables á la vista; otros son notables porque en ellos se veneran insignes de las que son muy devotos los habitantes; tal es por ejemplo, el santuario de nuestra Señora de la Soledad, cuya portada es muy buena, tanto por lo bien trabajado y esculpido de ella, como por su piedra que parece porfido. A esta imagen miran como madre, y á ella ocurre el ojaqueño en sus afecciones: sin embargo, la religión no es en este Departamento muy pura, y se peca ó por fanatismo ó por incredulidad. Entre los conventos, el mejor sin duda es el de Santo Domingo, que parece una fortaleza, según el espesor increíble de sus paredes y la solidez de su fábrica, lo que hacen tan fuertes sus bóvedas, que han resistido sin lesión al movimiento causado por el tiro de una pieza de artillería disparada sobre ellas. De paso diremos que en la librería de este convento hay buenas obras, y entre ellas algunos tomos de escritores de Oajaca. Hay también dos hospitales, San Juan de Dios y el de Bellemitas; dos colegios, Santa Cruz, y San Bartolomé, que está refundido en el Seminario, siendo sus becas de mucha distinción. Tres monasterios de religiosos agustinos, y uno de la Concepción, uno de Santa Catalina de Sena, uno de Capuchinas, y un colegio para educación de niñas.

La plaza principal está formada por el palacio, del que se ha hablado ya en otro artículo, por la catedral que está frente á aquel, y por el portal del Señor, que es lo que el de Mercaderes en México, aunque ciertamente no se ve allí la curiosísima variedad que en este; y por el portal de *Estrella*, llamado así por ser ese el nombre del dueño de las casas á cuyo pie está el citado portal.

La catedral, que está representada en la estampa, fué fundada el año de 1535, bajo el pontificado de Paulo III, reedificada por el Sr. D. Fr. Angel Maldonado, 15º obispo de Oajaca, que tomó posesion de la silla episcopal el año de 1702, y concluida por el Ilmo. Sr. D. Fr. Francisco de Santiago y Calderon, 16º obispo que comenzó á gobernar en 1730, y que la embelleció con las torres y el reloj.

La catedral tiene tres naves á mas de las capillas; se conserva en ella un brazo de San Cristótopo, y una parte de la milagrosa cruz de Huatulco. El frente de este edificio está muy bien representado en la estampa. Frente á la entrada se halla el coro, y en su pared el altar del perdon. El ciprés ocupa la nave principal con la cruz.

La iglesia tiene un cabildo compuesto de un dean, cuatro dignidades, y ocho canongías. El primer obispo fué D. Juan Lopez de Zárate, que murió trabajando en bien de su iglesia, y trayendo religiosos para los curatos y parroquias en 1554.

Damos á continuación una lista de los Sres. obispos de Oajaca, hijos de nuestra patria, que tanto lo fueron en talentos superiores.

Cuarto obispo: D. Fr. Baltazar de Covarrubias, agustino mexicano, promovido en 1605; dejó de gobernar el obispado en 1608.

Quinto obispo: D. Juan de Cervantes, mexicano, electo en 1608; fabricó la capilla de la Cruz de Huatulco, murió en 1614.

D. Fr. Juan Bartolomé de Bohorgnes, dominico mexicano, promovido en 1617, muerto en 1633 siendo el sexto obispo.

Séptimo obispo: D. Leonel de Cervantes, mexicano, electo en 1637; murió antes de tomar posesion.

D. Alonso de las Cuevas Dávalos, electo en 1664, mexicano, murió sin tomar posesion; era el 10º obispo. D. Nicolás del Puerto de Santar Catalina de las Minas, fué obispo, en 1678, murió en 1681, siendo el 12º.

D. Isidro Saviñana, mexicano, 13º obispo, murió en 1696.

D. Tomás Montaño, mexicano, fué electo en 1737, siendo el 17º obispo, murió en 1742.

El Sr. D. I. Perez, que dejó su silla episcopal en 1828.

Después de estos, hemos visto promovidos,

pasado el tiempo en que la iglesia ojaqueña ha estado sede-vacante, á los Sres. Villanueva, Morales, y últimamente al Sr. Mantecon, que se consagrará muy en breve.

Notarémos de paso, que lo comun del clero no es tan apostólico como debiera, y es de esperar que el Ilmo. Sr. obispo tome medidas que le haga digno de su sagrado origen. Hay sin embargo varones justos que no mencionamos por no ofender su humildad. Ha habido tanto entre estos, como entre las demas clases de la sociedad, varios escritores.

Los colegios son dos: el Seminario fundado por el Sr. D. Fr. Tomás de Monterroso, dominicano que tomó posesion de la silla episcopal en 1665, y que falleció en 1678, siendo el 11º obispo que tuvo Oajaca. En este colegio fundó dos cátedras de Gramática, una de Filosofia y dos de Teologia, el Ilmo. Sr. D. Nicolás del Puerto, que tomó posesion en 1679, y que falleció en 1681, dejándole una buena librería al colegio. El otro es el Instituto, que está en proporcion mas adelantado que aquel; pero ni en estos que son públicos, ni en los particulares, que son escasos, hay progresos sensibles de ilustracion.

El mercado se hace en Oajaca de noche en la plaza principal, y las señoras compran en los cajones sus efectos por la noche tambien, siendo esta la hora de *tono*. En esta plaza como en las calles, se miran multitud de indios que vienen de pueblos aun distantes, á vender fruta y otras cosas.

Entre las costumbres poco agradables, se puede notar la de beber licores las señoras por via de pasatiempo en la conversacion, y entre las que denotan la falta de refinamiento en los usos sociales, la de ponerse en pié cuando entra alguien en una sala, aunque sea un hombre, lo que en nuestro concepto es regular y debido.

Entre las clases en que se divide la sociedad ojaqueña, solo una es de notar, y es, la que componen los *clanzales*, que equivalen á los *léperos* mexicanos, aunque ciertamente son superiores á estos por su limpieza estremada, y su traje esmerado, especialmente las mugeres, que son seductoras, pues visten sus formas mórbitas y blandas, con unas enaguas mas blancas que la nieve, con una camisa muy bien trabajada, y con una mantilla que es un lienzo de mulsolina muy fino y trasparente, que deja sospechar la hermosura de lo que encubre. Son muy bonitas siempre; pero mucho mas el viernes Santo, en cuyo dia se visten de lujo, y en el que hacen su gala de la procesion. Se ven multitud de *clanzales* blancas como el armiño, llevando en sus manos cirios muy gruesos en

vuelos en finisimos pañuelos, y tan inclinados que van goteando cera por las calles; pero con tal abundancia, que hace algunos años que se juntaba cera suficiente para alumbrar el altar casi todo el año. Hay otras procesiones muy concurridas, como la del Cármen Alto (1), en cuyo cerco se pasea toda la poblacion, mirándose éste cubierto de frutas y otras vendimias, lo que lo hace muy pintoresco.

En conclusion, y para hora de Oajaca debemos hacer notar que la prostitucion no tiene lugar en este Departamento, pues aunque no sea muy rigida la moral, no se ve allí como en otros paises, esa multitud de casas públicas que son el abismo que traga á los jóvenes en su perdition, y que sirven para crear, mantener y propagar el *sifilis* (2), esa terrible enfermedad con que castiga Dios á los que profanen la imagen de la Divinidad en las orgías.

México Enero de 1844.—J. del C.

### Pensamientos.

No es dado á la miseria envilecer las almas fuertes; ni á las riquezas elevar los corazones bajos. En la oscuridad se cultiva la gloria, y en la grandeza se sufre el oprobio. La fortuna, á la que creemos todopoderosa, vale muy poco sin la naturaleza.

Todo el que ha visto en un baile los máscaras que danzaban alegremente, y se apretaban las manos sin conocerse, para separarse un momento despues y no volverse á ver, puede formarse una idea del mundo.

¡Cuántas veces nos hemos lisonjeado neciamente, de haber persuadido á los demas de lo que nosotros mismos no creemos!

Los hombres medianos tienen muchos panegiristas y pocos envidiosos.

Los que pretenden decir siempre cosas extraordinarias y raras, hablan con muy poca solidez.

Varenargues.

(1) Hay dos iglesias de este nombre, que se distinguen por el Alto y el Bajo; una está situada al pié de un cerro muy inmediato á la capital, y la otra en la poblacion.

(2) No podemos pasar en silencio que es muy raro el atacado de esta enfermedad que se ve en Oajaca; se cultiva allí una planta cuya raiz es un remedio eficaz de ella, de lo que hemos visto algunas experiencias, que deseamos se repitan para bien y provecho de la humanidad. Esta raiz es conocida con el nombre genérico de *simola*. Hay otro fruto que llaman *ceñales* &c., bastando tres frutitos, tomados enteros y en ayunas para conseguirlo.